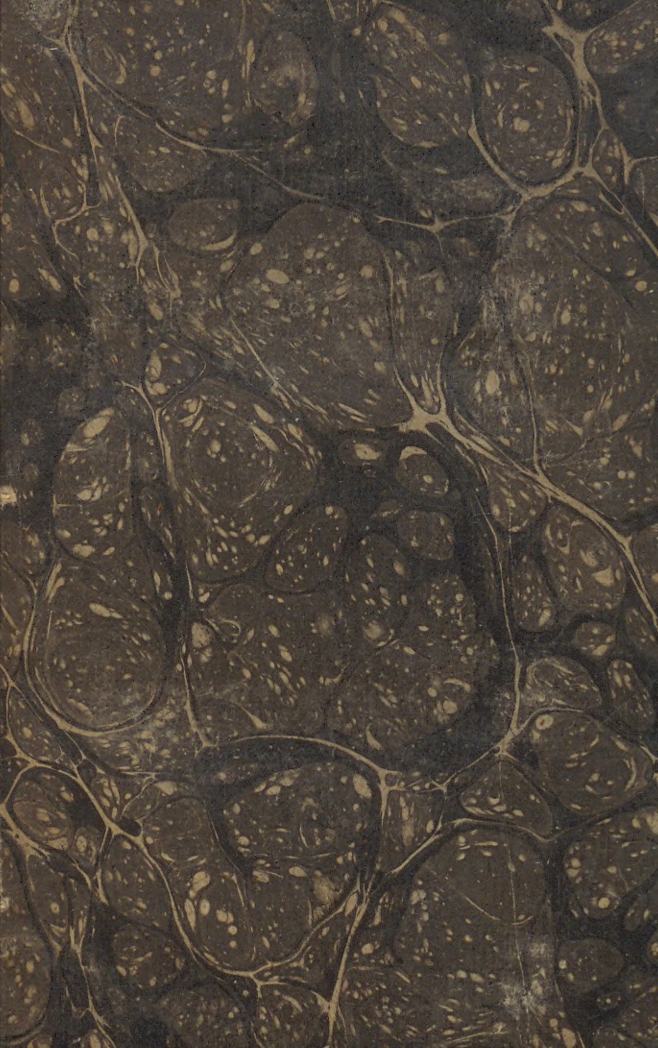



Ha.
2261





S.^N LUIS GONZAGA.

De la Comp.^a de Jesus.

VIRTUDES
DE SAN LUIS GONZAGA,
PROPUESTAS

EN LECCIONES PARA SU MEDITACION.

SEISENA

EN HONOR DEL GLORIOSO SANTO,

COMO ANUALMENTE SE PRACTICA

EN LA CONGREGACION DEL ORATORIO

DE SAN FELIPE NERI DE SEVILLA.

POR

EL P. D. LUCAS DE TOMAS Y ASENSIO,
Presbítero de ella, Examinador sinodal de este Arzobispado, del de Granada, etc.

IMPRENTA DE DON BARTOLOME
CARO HERNANDEZ. 1821.

Nec sané parum fructuosa invenitur memoria festiva Sanctorum, languorem, teporem, erroremque depellens: cum eorum intercesione juvetur infirmitas nostra, consideratione beatitudinis excitetur negligentia nostra, ignorantia quoque nostra ipsorum erudiatur exemplis. S. Bernard. in fest. omn. Sanct. Serm. 1.

Es ciertamente de no poco provecho el recuerdo solemne ó festividad de los Santos, que arroja de nosotros el desfallecimiento, la tibieza y el error: porque por su intercesion es ayudada nuestra flaqueza; con la consideracion de la gloria que gozan se despierta nuestra negligencia; y nuestra ignorancia aprende de sus egemplos. *S. Bernard. Serm.* 1. *en la fiest. de tod. los Sant.*

PREVENCIONES

PARA ANTES DE HACER LA SEISENA.

Uno de los Santos que mas pueden mover á toda clase de personas, señaladamente á los jóvenes, á la imitacion de sus virtudes, es S. Luis Gonzaga, propuesto á toda la Iglesia por egemplar de pureza é inocencia de vida, y dado por patrono especial á la juventud por el Sumo Pontífice Benedicto XIII en el decreto de su canonizacion. Y á la verdad un Santo tan ilustre por su nacimiento, tan amable por su candor y pureza, tan maravilloso por su inocencia, tan admirable por su penitencia, y que á los veinte y tres años de edad consuma su

carrera abrasado en el amor de Dios y de los prógimos, dando su vida por asistirlos en un contagio, no puede dejar de atraerse muchos devotos, y mas si llegan á experimentar su particular proteccion para el egercicio de las virtudes, especialmente la pureza y castidad.

De aqui es, que muchas universidades y escuelas lo han tomado por su principal Patrono, y á cuantas quisieren tomarlo tiene concedida su aprobacion el referido Sumo Pontífice, y está confirmada por la Santidad de Clemente XII en el decreto que expidió en 21 de Noviembre de 1737, ampliando la indulgencia plenaria, ya antes concedida á todos los que en el dia del Santo visitaren cualquier altar en que se celebre su fiesta. De aqui han procedido tambien las muchas hermandades de sacerdótes y seglares en la mayor parte jóvenes, que con el título de congregan-

tes de S. Luis Gonzaga se han establecido con reglas é instrucciones acomodadas á la capacidad y tareas de sus individuos, y que no pasan los límites de los consejos Evangélicos; á cuyas Congregaciones han concedido los Sumos Pontífices Gregorio XIII, Sixto V, Clemente VIII y Benedicto XIV muchas indulgencias plenarias y parciales.

Viendo el Papa Clemente XII los innumerables favores que los fieles reciben de Dios por la intercesion de tan glorioso Santo, y en especial los que tienen la devocion de comulgar seis Domingos consecutivos los mas inmediatos á su fiesta, que es á 21 de Junio, haciéndole en ellos algun obsequio en reverencia de los seis años que vivió en la Compañía de Jesus, aprueba esta devocion como medio eficaz para conseguir otros muchos sin término; y concede á todos los fieles indulgencia ple-

naria para cada uno de dichos seis Domingos, ú otros que cada uno podrá escoger entre año como sean consecutivos. Las palabras del Breve que á este fin expidió en 7 de Enero de 1740 son bien notables, porque dice que *dispensa este grande tesoro para encender mas y mas la devocion de los pueblos hácia este santo Joven, nacida de las contínuas gracias, asi espirituales como temporales con que favorece á sus devotos.*

A este fin, y prescribiéndose en el citado Breve como condicion necesaria para ganar las expresadas indulgencias, no solo comulgar sacramentalmente en los seis Domingos consecutivos, sino tambien egercitarse en ellos en piadosas meditaciones, oraciones, ú otras obras de piedad cristiana á honra del mismo Santo y gloria de Dios, se han escrito y dado á luz varias Seisenas con consideraciones muy devotas sobre las prin-

cipales virtudes que practicó el Santo, por cuya razon parecerá acaso inútil haber formado esta. Pero no siendo ninguna de las publicadas hasta ahora acomodada á los egercicios que esta mi Congregacion de Sevilla practica para todos los fieles en las tardes de los dias de fiesta, en cuyos Domingos inmediatos al dia del Santo ha determinado hacer su Seisena todos los años, ha sido preciso formar la que se contiene en este librito.

Sus consideraciones, que pueden reducirse facilmente á puntos de meditacion por los párrafos en que van divididas, estan extendidas en forma de discursos para que sirvan de leccion á la que antecede siempre á la oracion en los expresados Egercicios, que es el fin principal para que las he compuesto; y asi estan proporcionadas al tiempo que regularmente dura, que es como un cuar-

to de hora, por lo que no ha podido menos que ser la presente Seisena mas bien un tratadito de las virtudes del Santo, que una devocion de oraciones para los seis Domingos como se acostumbra en otras. De consiguiente á muchos les parecerá demasiado larga, y que no es acomodable á las familias, ó á la brevedad que exigen sus ocupaciones. Pero los que quieran reducirlas á corto tiempo lo podrán hacer facilmente leyendo para la meditacion solo el último punto ó párrafo de cada dia, que es en el que se contiene todo lo que hace relacion al modo con que practicó el Santo la virtud que se propone; y en seguida rezar las oraciones como se ponen al fin de cada leccion. Y si fueren personas que tienen diariamente leccion espiritual, convendrá que en los seis en que se haga la Seisena lean, en lugar de la que acostumbran, la que se pone

en cada uno sobre la virtud que se ha de practicar en obsequio del Santo.

Aunque en esta mi Congregacion no se ha hecho la Seisena antes de este año de 1821, en que se dará principio y continuará todos los siguientes; hace muchos que los jóvenes que concurren á ella, y otras personas devotas del Santo, han consagrado á Dios solemnes cultos en honor de S. Luis Gonzaga, como Protector de la juventud, con misa y sermon en el Domingo mas inmediato al dia 21 de Junio que es, como queda dicho, el de la fiesta del Santo. Y para excitar mas la concurrencia de los fieles en el referido Domingo, y con mayor utilidad de sus almas, han obtenido de nuestro Smo. Padre Pio VII un Breve en que concede indulgencia plenaria á todas las personas que habiendo confesado y comulgado visiten la iglesia de esta mi Congregacion desde las

primeras vísperas del expresado Domingo, hasta puesto el sol de este dia: y otro del mismo Smo. Padre en forma de privilegio para que todos los sacerdotes que en la citada iglesia celebraren el Domingo de la referida fiesta, puedan decir la misa propia de S. Luis Gonzaga.

En cuanto á los Egercicios de piedad que podrán practicar los que hagan la Seisena, no se señalan en ella, porque, fuera de la confesion y comunion, es libre cada uno para practicar aquellos que mas se conformen con su devocion, y siempre convendrá proponerlos antes á su director para su aprobacion. Unos podrán por egemplo visitar todos los Domingos de la Seisena el altar del Santo, implorando su proteccion para practicar especialmente la virtud que se propone para la meditacion aquel dia. Otros podrán dar alguna limosna en obsequio del Santo en cada

Domingo de ella. Quienes podrán ayunar la víspera del Santo. Estos podrán hacer alguna mortificacion corporal como de cilicio, disciplina ú otra semejante. Aquellos visitar los altares, rezar en cruz algunas oraciones, abstenerse en la mesa de frutas, dulce, ú otra comida gustosa el tiempo que dura la Seisena: ó bien acompañar á un enfermo, tener mas oracion que la acostumbrada, hacer repetidas visitas al Santísimo Sacramento, y frecuentes comuniones espirituales; privarse del juego, de visitas, del paseo, y otras cosas semejantes. Pero todos deberán confesar y comulgar los Domingos de la Seisena y el dia de la festividad del Santo para ganar las indulgencias plenarias que quedan referidas. Y todos tambien tendrán presente para hacer la Seisena con el mayor fervor lo que dice S. Agustin "que aque-
"llos celebran verdaderamente, y como

»corresponde las festividades de los San-
»tos, que procuran seguir en todo lo
»posible sus egemplos; de manera que
»no haya desidia en imitar lo que tan-
»to deleita celebrar.”

DIA PRIMERO.

LECCION SOBRE LA COMPUNCION Y DOLOR DE LOS PECADOS.

1. Los que siembran con lágrimas cogerán con alegría, dice el Espíritu Santo. El que en algun tiempo ofendió á Dios, y mucho mas quien actualmente se ve cargado de pecados ¡con cuántas lágrimas deberá llorar el lastimoso estado de su alma! Por el pecado te hiciste enemigo de Dios, esclavo del demonio y objeto de la indignacion de los Ángeles y amigos de Dios. En todas partes llevas arrastrando las vergonzosas cadenas de tu infame esclavitud.

Desde que cometiste aquel pecado, diste muerte á tu propia alma, y no llevas en tu cuerpo mas que su triste cadaver. El cuerpo del pecador, dice S. Ambrosio, es un hediondo y horrible sepulcro, en el que yace su infeliz alma muerta, sin movimiento ni espíritu. Como el cuerpo vive por el alma, asi el alma vive por Dios, dice S. Agustin. Mira como queda el cuerpo cuando el alma se separa de él por la muerte. Su vista á todos espanta; su palidez y las tristes sombras de la muerte atemorizan; su horrible fealdad conturba y llena de miedo; su insufrible hediondez pone á todos en huida; los amigos, y aun los parientes que mas le amaban, pro-

curan encerrarlo cuanto antes en la lobreguez de un sepulcro. Tal es el estado en que quedó tu alma desde que te apartaste de Dios por la culpa. Todo lo que en ella ha quedado es fealdad horrible, hediondez insufrible, sombras de muerte eterna, horror, desolacion, espanto, sepulcro blanqueado en lo exterior, que dentro de sí no contiene mas que podredumbre, y alimento de gusanos hambrientos, que son las pasiones y apetitos que te despedazan, aniquilan y consumen. ¡O qué espectáculo tan triste y lastimoso! ¿Y podrás ver, alma desgraciada, el estado de muerte en que te hallas, ó en los pasados años de tu vida estuviste sin llenarte de espanto, y sin

que tus ojos derramen lágrimas abundantes de un verdadero dolor? »¿Será posible, dice S. Ci»priano, que te vistas de luto, »cuelgues tu casa con bayetas ne»gras, tiendas tus cabellos y der»rames tantas lágrimas, poblando »el aire con tristes ayes y suspi»ros en la muerte temporal de tu »pariente y amigo, y no des la »menor señal de tristeza en la »muerte funesta de tu alma?" Sí: tu alma está verdaderamente muerta en los ojos de Dios. *Nombre tienes de vivo*, te diré con S. Juan, *y estás verdaderamente muerto.* ¿Y no gimes? no lloras? no se parte de dolor tu corazon? ¿Para cuándo son las lágrimas? ¿Para cuándo los suspiros, los ayes y lamentos?

Se asombraba el Apostol de que no llorasen los de Corinto la infelicidad de un pecador deshonesto; ¿y verás tú sin conmocion la desgraciada suerte de tu propia alma muerta por la culpa? Tantos pecados cometidos en tu juventud, tantos en tu edad viril, tantos de pensamientos, de palabras y conversaciones, de ambicion, orgullo y soberbia; tantas culpas en fin, de acciones y obras las mas feas, execrables é impuras ¿no te estremecen? no te compungen? no te hacen llorar hilo á hilo el estado en que han puesto á tu pobre alma?

II. ¡Ah, que estrago ha causado en ella el espíritu infernal! ¿Cómo lo podré vivamente repre-

sentar? »Figuraos, dice S. Juan »Crisóstomo, una serpiente de fue»go que arroja llamas por siete ca»bezas, y que enroscada en el al»ma la abrasa y consume por to»das partes. Representaos el estra»go cruel que hace el enemigo en »el cuerpo de quien se apodera. »Ved sus ojos turbados, su len»gua entorpecida, los labios tor»cidos, la boca arrojando negra »espuma, el cuerpo trémulo, su »vista extinguida, ahogado el co»razon, y todo él imagen viva de »Satanas. Tal es, concluye el San»to, el estado en que el alma que»da por el pecado; y lo que es »mas, queda separada de la amis»tad de Dios, y enemiga suya de»clarada." ¿Puede haber motivo

que deba causar mayores sollozos y mas continuos gemidos y doloroso llanto? No llores, no, por la pérdida de tu hacienda, la muerte de tus hijos, la enfermedad que te aflige, la pobreza, las persecusiones y trabajos que han venido sobre tí. Llora sí, porque has perdido á Dios por el pecado: llora porque ofendiste á quien debias amar: llora porque has ultrajado y menospreciado á quien tantos beneficios te ha hecho: llora porque te has revelado contra tu Dios, contra tu Señor, contra tu benigno y amoroso Padre, declarándote su enemigo, y persiguiéndole como á tal.

III. Sí: lo que Jesucristo dijo á Saulo perseguidor de sus Discí-

pulos, *Saulo ¿por qué me persigues*? Eso mismo puede decirte, y acaso te ha dicho muchas veces cuando ibas á cometer los grandes y feos pecados que tú sabes. ¿*Por qué, por qué me persigues*? ¡O qué pregunta de tanto peso y de tanta confusion para tí! ¿*Por qué me persigues*? dí. ¿Es acaso porque cuando no tenias ser te crié? ¿O porque cuando ya tenias ser, para que no le perdieses te conservé? ¿O porque conservado por mí, y ya perdido por tí, te redimí? ¿O porque despues de redimido, perdida mi gracia, te volví á recibir tantas veces en ella? ¿*Por qué me has perseguido*? ¿Acaso por la excesiva caridad con que te he amado? ¿Por el cuidado amo-

roso que he tenido de tí? ¿Por los beneficios innumerables con que siempre te he favorecido? Mira los que te hice en el mismo tiempo en que me ofendias. No pasó solo un dia en que no te diese el sustento. No pasó uno en que no te defendiese de mil riesgos de tu vida. Si en ellos hubiera dado licencia al demonio, hubieras perecido á cada hora. ¿Cuántas veces disimulé tu pecado, no obstante que sabia habias de abusar de mi paciencia para perseverar en él, y cometer otros muchos? En el mismo tiempo en que atrevido me perseguias con ellos, llegaste á pedirme te amparase en tus trabajos y aflicciones, y yo benigno y amoroso escuché tus ruegos, socorriéndote

en ellas; pero tú ingrato y desagradecido recibias de mi mano los favores que me habias pedido, y ni aun al rostro por una vez me miraste. Por mis Ángeles, por mis Ministros, por los libros piadosos te he enviado avisos y saludables consejos, ya que no querias recibirlos de mí, para que te convirtieses y me pidieras perdon, antes que se llenase el tesoro de mi ira: pero tú, porque eran mios, despreciastes todos estos consejos. No por eso te desamparé como merecias, antes bien á la puerta de tu corazon me puse, y á ella llamé una, ciento y mil veces diciéndote el peligro á que te arriesgabas: tú bien conocias mi voz, pero no me respondias: te

incomodaba la repeticion de mis avisos; huias de mí, y engolfado en las diversiones pecaminosas del mundo, continuabas pecando por ver si yo enmudecia. Alma infeliz, ¿qué has hecho? ¿Cuántos años has estado haciéndote sorda á las repetidas aldabadas que Dios ha estado dando á tu corazon para que dejes la culpa, llores las cometidas, y te conviertas á él? Cuenta, si puedes, las repulsas indignas, torpes, groseras y escandalosas que Dios ha esperimentado de tí, vil gusanillo de la tierra. ¿Y no te mueres de dolor? ¿No prorumpes en el mas amargo llanto?

IV. ¡Ay de mí! dirás toda conturbada y afligida al ver tanta

bondad de parte de Dios, y tanta ingratitud y malicia de la tuya; ¡ay de mí, qué duro siento mi corazon cuando debia partírseme de sentimiento y dolor viendo como me he portado con Dios, que con tanto amor y paciencia me ha sufrido tantas injurias! ¡Qué enjutos estan mis ojos, cuando debia llorar hilo á hilo tantos y tan graves pecados! ¡Ay de mí! ¿A quién acudiré? ¿Quién me favorecerá? ¿Quién se compadecerá de mí? Aliéntate, alma, aliéntate. Levanta tus ojos llena de confianza á aquel Señor á quien presente tienes en el augusto Sacramento. Dile de lo íntimo de tu corazon con el penitente David: *mira hácia mí*, ó Jesus mio, *mira hácia*

mí, y ten misericordia de mí. Una sola mirada de Jesus es la salvacion de todos los que él mira. Solo los ojos de Jesus son los que sanan. Si te ves abrumada con tantas culpas, conviértete á Jesus, y dile, *mira hácia mí*, ó Jesus mio, *mira hácia mí, y ten misericordia de mí.* Si sientes en tu corazon una dureza tal que no te deja llorar como quisieras tus culpas, aliéntate, y dile otra vez arrepentida, *mira hácia mí*, ó Jesus mio, *mira hácia mí, y ten misericordia de mí.* Si la carne te alhaga, el mundo te lisongea, y el demonio te combate, vuelve á tomar aliento, y repite con confianza: *mira hácia mí*, ó Jesus mio, *mira hácia mí, y ten misericordia de mí.* Cuando

Jesus mira se ilumina el entendimiento, se inflama la voluntad, se fortalece el espíritu, y el mas duro corazon se enternece. Cuando Jesus mira los perseguidores se hacen Apóstoles; los publicanos Evangelistas; los pecadores sus Discípulos; las Magdalenas sus Esposas, y los hijos pródigos vuelven arrepentidos á la casa de su Padre. Cuando Jesus mira los ciegos al punto ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen y los muertos resucitan. Así que, vuelve, alma cargada con el peso de tantas culpas, vuelve tus ojos llorosos á Jesus, y con un corazon humilde y compungido no ceses de clamar y decir: *mira hácia mí*, ó Jesus mio, *mira hácia*

mí, y ten misericordia de mí.

v. Asi lo hacia Luis Gonzaga cuando con la mayor amargura y dolor de su corazon consideraba sus pecados: ¿Pero qué pecados eran los suyos? Dos solos fueron los que cometió en toda su vida, de los cuales puede dudarse si llegaron á ser verdaderas culpas. El uno haber quitado una poca de pólvora para disparar un cañoncito cuando tenia cinco años; y el otro haber proferido en la misma edad algunas palabras menos decentes que habia oido á otros, pero que él no entendia. Por estas solas culpas lloró toda su vida amargamente, teniéndose por el mayor pecador. Su dolor, cuando las confesó la primera vez,

fue tan intenso, que la palidez cubre su rostro, su cuerpo tiembla y se estremece, su corazon palpita extraordinariamente, los sollozos lo oprimen, un sudor frio corre por todos sus miembros, y anegado en lágrimas, casi con una mortal congoja cae desmayado á los pies del confesor, de manera que en aquel dia no fue posible continuar la confesion. ¡Qué compuncion! ¡Qué dolor! Dolor y compuncion que le duró toda la vida, repitiendo con lágrimas abundantes: *los juicios de Dios son muchos abismos: quién sabe si me ha perdonadc mis maldades.* ¡Qué verguenza, qué confusion para nosotros que con tantas y tan graves culpas no nos compungimos, ni nos dolemos de

ellas como debiéramos! ¡Qué frialdad en nuestras confesiones! ¡Qué pronto nos olvidamos de nuestros pecados, como si estuviéramos ciertos de que el Señor nos los ha perdonado! ¡Ay de mí! Despues de una vida tan criminal, despues de unos pecados tan enormes, despues de tantas ofensas cometidas contra vos, ¡ó Dios mio! ¿dónde estan mis lágrimas? dónde mis suspiros y gemidos? ¡O Luis Gonzaga! ¡O Santo amado mio! Alcánzame un dolor grande de mis pecados, una compuncion semejante á la tuya, para que los llore todo lo que me resta de vida, repitiendo sin cesar hasta mi último aliento: *mírame*, Jesus mio, *y ten misericordia de mí.*

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, mi Dios, mi Criador y mi amabilísimo Redentor, á quien tanto he ofendido con mis muchas culpas; postrado en vuestra presencia os pido humildemente perdon de ellas por vuestra pasion y muerte, y por la infinita misericordia con que recibiis en vuestros amorosos brazos al pecador arrepentido que con verdadero dolor acude á vos implorando vuestra clemencia. Confieso que he pecado contra el cielo y contra vos, y que no merezco ser perdonado: pero mirad, ó Padre mio, cuanto es el dolor con que llego á vuestros pies diciendo que me pesa en el alma

una y mil veces haberos ofendido, solo por ser vos quien sois, y porque os amo con todo mi corazon sobre todas las cosas: propongo firmísimamente nunca mas ofenderos; y en satisfaccion de mis muchas culpas os ofrezco con vuestra preciosísima sangre todo lo que hiciere y padeciere que sea de vuestro divino agrado, esperando me ayudareis con vuestra gracia para perseverar en vuestro servicio hasta el fin de mi vida. Amen.

ORACION PARA ESTE DIA.

O amado Protector mio S. Luis Gonzága, que habiendo conservado siempre el candor de la inocencia baptismal, lloraste con lágrimas tan contínuas y fervorosas las culpas con que humilde creias haber ofendido á tu Dios, sin que jamas dejase de estar tu corazon penetrado del mas vivo dolor por lo que juzgabas ser pecados: aqui tienes, ó Santo mio, una alma cuyas culpas son innumerables, y de una gravedad infinita, sin que las haya llorado, ni dolido de ellas como debia para conseguir el perdon. A tí acudo para que me alcances un verdadero dolor de mis pecados, y aquel es-

píritu de compuncion que tuviste, con el cual llore mis muchas culpas con el mayor sentimiento toda mi vida, para que perdonado por mi Dios consiga verlo y gozarlo contigo en la eterna bienaventuranza. Amen.

Se rezan seis Padre nuestros y Ave Marias, pidiéndole al Santo nos alcance esta virtud, y despues la Oracion que se sigue: la cual sirve para todos los dias.

ORACION.

Dios excelso y soberano, que en trono de magestad os dignais hoir á vuestras criaturas: yo humildemente postrado delante de vos os bendigo, alabo y doy gracias por haber elevado á tan sublime santidad al Angélico Joven S. Luis Gonzaga, y por la plenitud de gloria que goza en el cielo, en premio de las heróicas virtudes que practicó, y con que tanto os agradó en la tierra. Haced, Dios mio, que á imitacion suya os ame á vos y á mis prógimos con una caridad ardiente y fervorosa, despreciando las cosas del mundo, y teniendo mis delicias en tratar con vos en la oracion,

llorando mis muchas culpas, por las que deseo satisfacer á vos con obras de verdadera penitencia, que al mismo tiempo conserven en mî la virtud santa de la pureza: y para ello os pido me deis por protector y abogado á este mi amado Santo, que defienda mi castidad, me guie por las sendas de mi salvacion, me alcance vivir siempre en vuestra gracia, y me asista en la hora de mi muerte: y si fuere para mayor honra y gloria vuestra concededme por su intercesion poderosa lo que particularmente os pido en esta Seisena; todo á fin de veros y alabaros en su compañía eternamente en el cielo. Amen.

DIA SEGUNDO.

LECCION SOBRE LA PENITENCIA Y MORTIFICACION.

1. Jesucristo nos dice en su Evangelio que cualquiera que ama su alma, esto es su carne, en este mundo, la perderá infaliblemente; pero aquel que la aborreciere en esta vida mortificándola y domándola para que sirva al espíritu, eternamente la salvará. Si estás apegado á tu carne, si la contemplas y quieres cuidarla y regalarla para conservarla, al fin vendrás á perderla para siempre, porque te condenarás; pero si reprimes sus sensualidades, si le nie-

gas sus comodidades y deseos, si le haces una contínua guerra, teniendo siempre levantada contra ella la espada de la mortificacion; por toda la eternidad gozarás en el cielo de las delicias de la bienaventuranza. Estando tu carne manchada con tantas culpas, siendo tan delincuente por los muchos pecados que has cometido, es necesario sea castigada en esta vida, si no quieres que lo sea eternamente. Una carne rebelde no es posible mantenerla sujeta, si no se reduce al yugo á fuerza de castigos y mortificaciones. Por eso el Apostol, enseñando á los primeros fieles las reglas de la penitencia y mortificacion cristiana, les decia: *que si queremos ser de Je-*

sucristo, debemos crucificar nuestra carne con todos sus vicios y concupiscencias: que solo debemos dirigirnos segun el espíritu, sin escuchar jamas la carne, ni atender á sus repugnancias ó deseos: y que á proporcion que hemos hecho servir nuestros cuerpos á la inmundicia haciéndonos pecadores, debemos hacerlos servir á la justicia para hacernos Santos por la penitencia.

11. ¡Qué lenguage tan poco entendido, y menos practicado en el mundo! ¡Cuánta será nuestra confusion en el dia de la cuenta, cuando el Juez Supremo nos ponga delante, y nos reconvenga con la penitencia y vida mortificada de los cristianos que en los pri-

meros siglos siguieron las lecciones divinas que nos dejó el Apostol en sus epístolas! Abstinencias rigorosas, ayunos frecuentes y aun perpétuos, largas vigilias, penosos trabajos, soledad y profundo silencio, alimentarse con pan y agua, vestir un grosero saco y un áspero cilicio, una dura tabla ó la tierra desnuda para descansar, cuevas y obscuras grutas para habitar, estar expuestos á las injurias de los tiempos, al calor del estío, al erizado frio del invierno, á las enfermedades del cuerpo, á morir á sí mismos, y á todos sus parientes y amigos; todo esto acompañado de contínuas y fervorosas oraciones, de sangrientas flagelaciones, de varios géneros de ma-

ceraciones con que mortificaban sus cuerpos, era la penitencia que practicaban en los primeros siglos hombres distinguidos por su nacimiento, y mugeres delicadas por su complexion, é inocentes por su inculpable vida.

III. ¿Y es en algo parecida á esto la penitencia que tú has hecho por tantos y tan graves pecados como has cometido? Despues de una vida tan mundana, de una juventud tan licenciosa, de unas pasiones tan desregladas, de unos apetitos tan sin sujecion, de unos sentidos tan sin freno: despues de tantas culpas, con que quizá has escandalizado á muchos, cuyas almas acaso estan ya ardiendo en el infierno por tu cau-

sa, ¿cuál es la penitencia que has hecho? ¿Dónde estan los ayunos que has practicado? ¿Dónde las disciplinas, dónde los cilicios, dónde las maceraciones de tu carne? Si al que ha perdido la inocencia no le queda otro camino para salvarse que el de la penitencia; y si la penitencia debe aumentarse, como dicen S. Agustin y S. Gregorio, á proporcion de la gravedad y multitud de los pecados, ¿cuánta es la que debias haber hecho por los tuyos? Esa carne contemplada con tanto exceso, mantenida con tanta delicadeza, regalada con tantas viandas; ese cuerpo que es tu mortal enemigo, origen de la mayor parte de tus culpas, que despues de los de-

leites de que se ha alimentado, se revela aun y pide nuevos placeres, ¿no merecerá ser castigado revistiéndote del espíritu de una verdadera mortificacion y penitencia, como lo ordena el Apostol? »Hermanos mios, dice á todos »los cristianos, mortificad vues»tros miembros mientras viviis en »este mundo, porque la carne »siempre está haciendo guerra al »espíritu, y el espíritu debe ha»cerla á la carne; y el que vive »alhagando su carne, él mismo se »da la muerte; asi como el que »la mortifica y macera, señal tie»ne de predestinado."

IV. ¿Segun esto podrá oirse sin admiracion á las gentes del mundo, que las mortificaciones y pe-

nitencias no son buenas sino para los cláustros? Buenas son para los que viven encerrados en los cláustros; pero serian mejores para los que viven en el siglo, donde son mayores los peligros, y por lo mismo mayor la necesidad de los preservativos de la mortificacion y penitencia, para no caer en pecados. Conviene la mortificacion y maceracion de la carne á las almas consagradas á Dios, para conservar su inocencia; pero conviene mucho mas á los que estan en el mundo, para satisfacer por sus culpas y sujetar los incentivos de una carne que tanto han contemplado. ¡Ay de mí! exclama S. Bernardo, ¿por qué regla una alma criminal, cargada

de abominaciones, se ha de creer con derecho para no mortificar una carne que ha tratado con tanto regalo toda su vida; y al mismo tiempo ha de decir que los rigores de la penitencia son propios para los monasterios, donde se conserva la inocencia, y en nada se contempla la carne? ¿De cuándo acá los remedios son menos necesarios á los enfermos, que á los que gozan de una perfecta salud? Las personas sanas, continua Eusebio Emiseno, que no tienen que temer el contagio, toman sin embargo las amargas medicinas de severas mortificaciones y rigorosas penitencias; y las almas leprosas, los que estan apestados de las mas graves culpas, ¿no es-

tarán obligados á mortificar su cuerpo para curarse, para fortalecerse, para purificarse?

v. Si tu complexion fuere mas delicada, ó tu salud mas debil que la de tus hijos, hermanos, parientes y amigos que viven en los cláustros, y teniendo antes tanta oposicion como tú á las penitencias y mortificaciones, las practican ahora con tanta continuacion y rigor, no obstante que han ofendido á Dios menos que tú: otras mortificaciones hay, que son las interiores, las cuales tú y todos pueden practicar sin escusa alguna. Abstenerse de lo que solo sirve para regalo y gusto del cuerpo en la comida ó en la bebida; privarse del juego, las visitas, las

diversiones, los paseos, tertulias y entretenimientos del mundo; sujetar el genio, negar la propia voluntad, refrenar los apetitos, traer recogidos los sentidos, sufrir las molestias de los prógimos, quitar de los vestidos todo lo supérfluo, observar exactamente una distribucion constante, tolerar con paciencia las enfermedades del cuerpo, la inclemencia de los tiempos, las humillaciones, los desprecios, las aflicciones que sobrevengan: todo esto puede ser materia para mortificarte si quieres, porque todo lo pueden practicar como los sanos y fuertes, los flacos, achacosos y enfermos.

VI. Si amas verdaderamente á Dios, ni estas, ni las mas austeras

mortificaciones te parecerán duras é insoportables, porque tus ánsias y tus deseos serán aplacar y satisfacer á tu Amado, á quien tanto has ofendido y disgustado. Todo lo que es amargo y trabajoso á un corazon frio é indiferente, es dulce y ligero para quien ama, dice San Agustin. ¡Qué consuelo experimentan las almas verdaderamente amantes de su Dios en los contínuos llantos por sus pecados, y en las mas rigorosas mortificaciones y penitencias que hacen por ellos! De aqui aquel santo odio y aborrecimiento que tienen contra su cuerpo: aquella hambre insaciable de austeridades y maceraciones: y aquellos fervores y excesos que cuesta tanto moderar-

los, y á veces apenas se pueden contener. Los mundanos miran con compasion y espanto la vida tan penitente y mortificada de tales almas: pero esas sus mortificaciones y penitencias son el pábulo con que conservan y aumentan el fuego divino que arde en sus corazones: parece que se tiran á matar, dice Sta. Teresa; pero eso mismo es lo que las hace vivir.

VII. El egemplo lo tenemos en nuestro S. Luis Gonzaga, siempre penitente, siempre mortificado. ¿Pero de qué modo? Amaba ardientemente á su Dios, le parecia que en sus primeros años le habia ofendido, y aunque sus culpas (si es que lo fueron) habian sido solamente dos que apenas lle-

garon á ser veniales; las mas rigorosas mortificaciones le parecian nada para satisfacer por ellas. Niño de once años, de complexion debil, de sangre tan ilustre, y en medio de las cortes, mortifica su inocente cuerpo con ayunos tan rigorosos, que pondrian espanto á los mas austéros anacoretas. Toda su comida se reduce cada dia al peso de una onza, y muchos á solo pan y agua, y esto sentado á la mesa abundante del Marques su padre, entre viandas exquisitas y bebidas deliciosas. Tres veces al dia castiga cruelmente su cuerpo con horribles disciplinas hasta derramar con abundancia su sangre. A falta de cilicios se ciñe á la raiz de las carnes agudas es-

puelas de caballo, que penetrando su delicado cutis lo atormentan hasta hacerle sangrientas heridas. Para que le sirva de tormento aun la cama en el corto y preciso tiempo que toma para el sueño, pone debajo de las sábanas ásperos pedacitos de madera, que le sirvan tambien de dispertador á las dos ó tres horas de estar acostado, para ponerse de rodillas en el suelo desnudo en lo mas rigoroso del invierno, y tener ya las tres, ya las cuatro horas de oracion. Digámoslo de una vez, Luis Gonzaga usa de todos los modos de mortificarse y afligirse que supo y pudo, atormentando sin cesar sus delicados miembros, y haciendo las mas austéras penitencias con tan-

ta perseverancia, que habiendo recibido los últimos Sacramentos, y pareciéndole no haber hecho todas las que debia, pidió con lágrimas á su superior que en aquella última hora le azotásen con todo rigor desde los pies hasta la cabeza. ¡Qué confusion para nosotros, ó Luis mio! ¡Qué confusion! Tú tan inocente, tan puro, tan delicado trataste con tanta aspereza tu cuerpo, mortificaste con tanto rigor tu carne, y al fin de tu vida te parecieron pocas las penitencias que habias hecho: y nosotros cargados de pecados, combatidos de pasiones, embestidos de la sensualidad, ¡tan tibia, tan floja, tan ninguna penitencia! Nosotros que hemos vivido entregados

á los deseos y apetitos de la carne; que tanto hemos contemplado nuestro cuerpo, y alhagado nuestras pasiones y sentidos, ¿qué mortificaciones y penitencias deberiamos haber hecho para que nos sirviesen de algun consuelo, y avivasen la esperanza de nuestra salvacion en la hora de la muerte? O Dios mio, que conoceis mi flaqueza, y la mucha tibieza de mi alma, dadme alguna parte de aquel grande espíritu de mortificacion que concedísteis á mi amado Santo, para que cesando en mí el horror que hasta ahora he tenido á la penitencia, comience á practicarla interior y exteriormente á proporcion de mis muchas culpas, para satisfacer á

vuestra divina justicia y gozar de vos con mi amado Santo en la bienaventuranza.

Acto de contricion Señor mio Jesucristo &c. *pág.* 18.

ORACION.

¡O penitentísimo S. Luis Gonzaga, joven inocentísimo, que con tanta aspereza mortificaste tu delicado cuerpo, macerando tu carne con todo género de austeridades! ¡Con cuánta confusion me presento delante de tí viendo la ninguna penitencia que he hecho despues de haber ofendido á Dios con tantas y tan graves culpas! Alcánzame, ó Luis mio, un odio santo de mí mismo, para que con una verdadera y constante mortificacion interior y exterior satisfaga por ellas á la divina Justicia, y haciéndolo asi pueda tener el consuelo de imitarte en la penitencia, ya que he tenido la

desgracia de no haberte seguido en la inocencia. Asi lo espero de tu poderosa proteccion, para acompañarte eternamente en el cielo. Amen.

Seis Padre nuestros y seis Ave Marías, y despues la Oracion Dios excelso y soberano *&c.* *pág.* 22.

DIA TERCERO.

LECCION SOBRE EL DESPRECIO Y HUIDA DEL MUNDO.

1. „Ninguno puede servir á „dos Señores, dice Jesucristo; por„que ó aborrecerá al uno y amará „al otro; ó seguirá á aquel y des„preciará á este." Dios y el mundo son estos dos Señores, que siendo enemigo el uno del otro, es imposible servirlos á un mismo tiempo, por ser distintas y enteramente opuestas las cosas que mandan. El Apostol dice: „¿qué „cosa hay que sea comun en„tre la justicia y la iniquidad? „¿Qué relacion tiene la luz con

»las tinieblas? ni cómo se puede
»unir y conciliar á Jesucristo con
»Belial?" Por esta causa los que
se han determinado á servir á
Dios, deben despreciar y huir del
mundo como de su verdadero enemigo, sacrificando todos sus gustos y placeres para dedicarse á
Dios en el silencio y obscuridad
de un santo retiro, aun en medio del mundo. »¿Quién, decia Da-
»vid, me dará alas como las de la
»paloma para que yo levante mi
»vuelo y pueda hallar reposo? Ah
»Señor, añadia, este secreto me lo
»habeis vos enseñado siendo Rey,
»y teniendo que vivir en medio de
»la corte; porque yo he desprecia-
»do al mundo; yo me he apartado
»y huido del mundo, y me forma-

»do una soledad en que me he »encerrado lejos del mundo."

11. Mira, alma, la necesidad que tienes de esta huida y separacion del mundo. Siempre ha sido necesario para ser de Dios, no ser del mundo. La corrupcion del mundo ha llegado á tal, que para ser verdaderamente cristiano, es preciso separarse aun de los mismos cristianos. El mundo es contagioso, y nosotros somos débiles; y asi es indispensable huir su comercio y trato, si queremos que no nos envenene con la ponzoña de sus máximas y doctrinas. Porque él es quien persuade la comodidad de la carne, el placer de los sentidos, y los honores y bienes del siglo. Sus seguidores han de

ser codiciosos, hinchados, sober-
bios, orgullosos, enemigos de la
cruz y amadores de sí mismos.
El mundo quiere que se ame con
desatino lo que en él hay de atrac-
tivo y lisongero. Los seguidores
del mundo han de amar cuanto
ven sus ojos en las bellezas terrenas.
Todo lo que enciende la carne,
todo lo que lisongea al cuerpo,
todo lo que alhaga á los sentidos,
eso es lo que el mundo manda se-
guir. Inclinaciones violentas, hipo
de los bienes de la tierra, procu-
rar las delicias de la carne, el lu-
jo, la jactancia, el orgullo, el
fausto, el juego, los teatros, co-
midas, bebidas, bailes, todo gé-
nero de diversiones; esto es con
lo que el mundo convida á los

que le siguen. »Venid, dice, go-
»cemos de los bienes, usemos con
»presteza de las criaturas, llené-
»monos de licores preciosos y de
»los ungüentos y olores regalados:
»que no se pase la flor de los años:
»coronémonos de rosas antes que
»se marchiten: regocijémonos en
»los gozos de la tierra, y no se
»nos escape ningun prado de de-
»licias en que no se revuelque
»nuestra carne. Ninguno de no-
»sotros quede sin tener parte en
»nuestra disolucion: en cada lu-
»gar dejemos señales de nuestra
»alegría, porque esto es lo que
»nos toca hacer mientras vivimos.
»Concupiscencia de la carne, y
»de los ojos, y soberbia de la vi-
»da sea nuestro mote y distinti-

»vo.” ¿Quién puede escuchar sin temblar esta infernal doctrina del mundo? ¡Pero cuántos son los que la siguen! Ella abre los ojos á la infancia, corrompe la juventud, arrebata la edad madura, y aprisiona las cabezas emblanquecidas con las canas.

III. Si eres tú uno de estos seguidores del mundo, escucha á S. Agustin, que tambien lo siguió mucho tiempo, y es testigo bien abonado. Asi se explica escribiendo á un joven á quien queria persuadir el desprecio y huida del mundo. »Los lazos, dice, de este »mundo tienen una verdadera as»pereza, y una falsa alegría: un »dolor cierto, y un incierto placer: »un trabajo duro, y un descanso

»tímido: negocio lleno de miserias, »y vacío de toda bienaventuran»za: no pongas tu cuello en este »yugo, ni dejes prender en estos »lazos á tus pies y manos. La risa »y la alegría que tienen los munda»nos es un verdadero llanto para »quien tiene entendimiento: no de »otro modo que mueve á compa»sion á los que tienen el juicio ca»bal, el contento de un loco que »salta lleno de alegría."

IV. ¿Y á vista de estas verdades, te dejarás, alma, aprisionar de los lazos de este enemigo? ¿No huirás del mundo y lo despreciarás de una vez? Vuelve los ojos siquiera por un instante á Jesucristo, y oye como te pregunta lleno de sentimiento: *y tú tam-*

bien me quieres dejar á mí, y seguir las máximas y doctrina de mi enemigo? Oyelo otra vez, y mira al mismo tiempo si puedes acordarte sin dolor haberlo dejado en algun tiempo por seguir los encantos del mundo, despues de la costosa manera con que este mismo Jesus te sacó de la afrentosa esclavitud de la culpa. ¡O culpa! ¡O carcel y mazmorra tenebrosa! Nunca hubieras tú sido abierta si tus cerrojos no los hubiera roto y hecho pedazos á costa de tantas penas y tormentos nuestro amabilísimo Redentor. Rescate y soltura que costó el precio de toda su sangre al Hijo de Dios hecho carne, y que no pudo pagarse sin tan crecido dispendio

¿Y es posible que no hayas querido amar ni servir á este amantísimo Salvador, escogiendo antes vivir arrastrando las cadenas con que el mundo te ha tenido aprisionada? Tantos amores, y obsequios, y reverencias, y ardores, y servicios, se debian contar en tu alma y en la de todos los redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo, cuantas gotas de esta sangre se numerasen una á una: y cuando esto se hubiese cumplido, cuando tú y todas las criaturas se hubieran reducido á cenizas abrasadas de amor de tal Redentor, todavía no habrian hecho nada que pudiese compararse ni servir de retribucion á la paga y rescate que hizo el Hijo de Dios

por nosotros. Y con todo eso no es una indiferencia y frialdad la que has tenido hasta aqui para con Jesus siguiendo al mundo; sino una positiva rebelion y ultrage con que has estado pisando su sangre adorable. Esto te habrá quizá horrorizado, y movido á pensar muchas veces en apartarte del mundo. Puede ser que hayan pasado años desde que estás diciendo quiero dejar el mundo, quiero convertirme á Dios, pero mañana lo haré: necesito todavía un poco de tiempo para desatar las cadenas que no puedo romper sin hacer un ruido que daria mucho que decir. Te engañas, alma, te engañas: los lazos que te sujetan no se desatan; es necesario cortarlos de un gol-

pe: de otro modo se van enredando cada vez mas, hasta que por fin se pierde el cabo. Mañana lo haré, dices: ¿y si el dia en que esto dices es el último de tu vida; qué mañana te quedará mas que la espantosa eternidad de la condenacion, que sin ayer ni mañana será siempre un hoy de tormentos terribles que jamas jamas pasará? ¿Por qué pues inmediatamente que Jesus te llama no vas á él? Advierte que no está sentado en un tribunal para condenarte, sino á una mesa sagrada para llenarte de gracias, y alimentarte con su carne divina cuando te haya purificado por medio del perdon de tus culpas si arrepentida las confiesas con un verdade-

ro dolor. Sal pues de ese perverso mundo que tan engañada te ha tenido: sal de esas desgraciadas ocasiones en que has permanecido hasta hoy.

v. Tienes esa mansion del mundo por un verdadero pais de delicias, y en verdad no es mas que un sepulcro: piensas vivir en él, y estás muerta: todo es funesto en su pompa, en sus placeres, en sus atractivos para tí: esas honras, esas riquezas, esos adornos y delicias son ilusiones que engañan tus sentidos, y en el efecto no son mas que humo, vanidad, fantasmas agradables. No escuches los consejos del mundo, que te dice no lo dejes tan pronto, y que si has de salir de tus cadenas sea con

prudencia y con honor. No, no le des oido; por que ¿quién se entretiene en adornarse cuando se le quema la casa? El mundo dirá que eres de un ánimo debil: que te has dejado espantar por vanos temores: que los escrúpulos te han turbado el juicio: que los egercicios de piedad á que te vas á dedicar no son conformes á tu edad, ni á tus fuerzas, ni á tus circunstancias y empleo: y en fin que pasar de un extremo á otro es una violencia que no podrá ser de mucha duracion. Si el mundo fuese tu juez ó tu amigo, podrias escucharlo y seguir sus consejos. Pero él es enemigo de tu Salvador, y por consiguiente tuyo: y un enemigo, un traidor

no puede dar sino consejos pérfidos: un ciego no puede sino hacer caer en el hoyo al que le toma por guia: un envenenador, que él mismo es el veneno, le hace pasar al corazon de los que respiran su aliento. Desconfia pues de ese tan astuto como perverso consejero, cuyos pensamientos todos estan llenos de malicia y malignidad. Mira cual ha puesto á tu alma en los años que has seguido sus perversas máximas. Si bien lo consideras ¡ó cuán justamente deberán oirse en este templo los sollozos y gemidos de tu corazon viendo la vida que has traido hasta aqui, por estar metido en el mundo! ¡Cuánta sensualidad! ¡Cuánta soberbia! ¡Cuántos vicios! ¡Cuán-

tos desórdenes, tertulias, amigos, comedias, juegos, bailes, paseos públicos, convites! ¡O mundo infame, cuántos, cuántos pecados me has hecho cometer en cada uno de estos licores emponzoñados con que continuamente embriagas á tus seguidores! ¡Y no me muero de dolor!

VI. Ministros del Señor, Ángeles que asistiis al rededor de aquel augusto trono, criaturas todas del cielo y de la tierra, sed testigos de mi resolucion que quiero manifestaros; si es que mi arrepentimiento y dolor, y las lágrimas que derraman mis ojos me la dejan publicar. No mas mundo, no mas servir al mundo; lo desprecio, lo abandono, y huiré

siempre de él con todo mi corazon. Voy ya de una vez á servir á Dios, y solo á Dios. Las cruces, los trabajos, los menosprecios y aflicciones que se padecen en su servicio no me detienen ni amedrentan: yo sé que estan acompañadas de gracias, ilustraciones y consuelos que suavizan las asperezas mas ponderadas. Por tanto á vos me dirijo, ó Jesus mio. Veisme aqui postrado en vuestra presencia para recibir, en vez de las delicias del mundo que detesto, la cruz amabilísima que escojo. Véisme aqui con mis manos estendidas para recibirla; con mis brazos abiertos para abrazarla; con mis labios prontos para besarla; con mis hombros inclinados para

llevarla. Viviré en adelante aborreciendo al mundo y llevando tu cruz. Moriré despreciando al mundo y abrazando tu cruz; y huyendo del mundo, no dejaré tu cruz hasta que entregue en tus manos mi espíritu.

VII. Para conseguirlo no apartaré mi vista de tí, ó amado Santo mio Luis Gonzaga! Tú serás el maestro que me enseñes á despreciar al mundo, y el modelo que yo siga para vivir siempre abrazado con la cruz de mi Redentor Jesus. No podré imitarte en la renuncia que hiciste siendo Príncipe y primogénito del principado que te pertenecia, como igualmente de tus bienes, de tu casa, y aun de tus mismos padres: no

podré cortar toda comunicacion con los hombres y sepultarme en un cláustro, como lo hiciste tú entrando religioso en la Compañía de Jesus: pero sí te podré imitar, y te imitaré, en aquel despego del mundo que te hacia mirar todas las cosas de él como viles y despreciables: en aquel aborrecimiento que tuviste á las concurrencias, placeres y diversiones con que el mundo te brindaba en medio de una corte y en lo mas floreciente de tu edad. Te imitaré en aquel recogimiento y retiro con que viviendo en el mundo eras ciudadano del cielo, entregado todo al trato y comunicacion de tu Dios, de manera que estando con el cuerpo como peregrino en la

tierra, tus pensamientos, tu corazon y tu espíritu lo tenias en la morada de los Santos, término de tu peregrinacion. Te imitaré en fin, para mas y mas despreciar los placeres del mundo, en aquel amor que tuviste á los trabajos, humillaciones y cruces de esta vida, mirando en ellas no precisamente á la cruz, sino á tu Jesus crucificado en ella. De esta manera aunque la cruz de los desprecios, penalidades y desamparos me aflija y lastime; yo apartando mi vista con indignacion de los gustos y delicias del mundo, me abrazaré con ella diciendo con la Esposa santa: aqui tengo en mi cruz á mi dulce Jesus; con él y con la cruz he de vivir siempre

abrazado, sin desprenderme jamas, hasta ser introducido en la Patria celestial de la Gloria.

Acto de contricion Señor mio Jesucristo &c. pág. 18.

ORACION.

¡O amabilísimo Abogado mio S. Luis Gonzaga! que habiendo nacido en tanta opulencia, y con derecho á reinar, renunciaste tus riquezas, honores y dignidades con tanto gozo de tu alma, y brindándote el mundo con todos sus placeres, despreciaste sus engañosas delicias, huyendo de él para abrazarte con la cruz de tu dulce Jesus en la religion de su Compañía: humildemente te pido me alcances un conocimiento grande de las vanidades y peligros del mundo, y de la felicidad y dulce paz que gozan los que sirven á Dios peregrinando en la tierra como ciudadanos del cielo, para que

despreciando y huyendo de los placeres y gustos del mundo, á quien tan ciegamente he amado, emplee lo que me resta de vida en el servicio de mi Dios, abrazado siempre con la cruz de Jesucristo, para gozarle en tu compañía en la eterna bienaventuranza. Amen.

Seis Padre nuestros y seis Ave Marías, y despues la Oracion Dios excelso y soberano *&c.* *pág.* 22.

DIA CUARTO.

LECCION SOBRE LA PUREZA Y CASTIDAD.

1. Escuchad, almas, pero escuchad con grande atencion lo que dice el Espíritu Santo exhortando á todos á egercitarse en la virtud resplandeciente y hermosa de la pureza: aplicad á sus palabras todas las potencias de vuestra alma; grabadlas en lo íntimo de vuestro corazon; procurad meditarlas todos los dias de vuestra vida, y no las olvideis jamas. » Oidme vosotros, » nos dice por el Eclesiástico, vo- » sotros que sois de un origen divi- » no, oid mi voz: fructificad y flo-

»receed como rosal plantado sobre »las corrientes de las aguas: ex»halad olor de suavidad como el »Líbano: brotad flores como lirios »y azucenas: dad olor fuerte co»mo ellas: producid graciosas ho»jas: cantad alabanzas á Dios, y »bendecidle en sus obras." Considerad, almas deseosas de no degenerar de vuestro origen, en cuanto aprecio quiere el Señor tengais la virtud de la pureza, y como debeis egercitaros en ella. Rosas encarnadas por la contínua mortificacion del cuerpo: olor suavísimo de egemplar modestia: flores cándidas y doradas de obras y afectos purísimos de castidad: hojas graciosas y hermosas de honestidad y pudor son las joyas y

piedras preciosas que deben adornar á una alma casta para alabar y engrandecer á Dios en sus obras, y seguir á todas partes al Cordero.

11. Por eso dice el Espíritu Santo que es hermosa, clara y brillante la generacion casta: y que su memoria es inmortal, y su mérito y excelencia conocida de Dios y de los hombres que estan adornados de esta virtud. De ellos dice S. Juan para explicar algo del mérito y excelencia de la castidad »que vió al Cordero que »estaba sobre el monte Sion, y »con él ciento cuarenta y cuatro »mil, que tenian en la frente es»crito su nombre y el de su pa»dre. Y que oyó una voz como

„de músicos que tocaban sus ins-
„trumentos, y cantaban un can-
„tar nuevo delante del trono de
„Dios, y ninguno podia cantar
„aquellos cánticos de tanta melo-
„día, sino los ciento y cuarenta
„y cuatro mil, que son los que
„nunca mancharon sus cuerpos,
„porque son vírgenes, y siguen al
„Cordero donde quiera que va."
¡O almas que no habeis mancha-
do vuestros cuerpos, conservando
siempre en vosotras la virtud res-
plandeciente de la castidad, mi-
rad cuanta es vuestra dicha y fe-
licidad. Sí: sois dichosas porque
subiis con el Cordero Jesus al mon-
te alto de Sion imitando sus he-
róicas virtudes y uniéndoos con
él por la contemplacion y amor,

Sois dichosas porque teneis en vuestras frentes escrito el nombre del mismo Cordero Jesus, y de su Padre celestial, protestando que no sois vuestras sino de Dios, á quien habeis consagrado vuestra pureza, y de Cristo que vive en vosotras. Sois dichosas porque vosotras sois las que solamente podeis cantar el cántico de una particular armonía y suave deleite, participando la santa alegría y especiales gozos que estan prometidos á los que guardan la castidad. Los demas justos, dice S. Gregorio, pueden oir este cántico, pero no pueden cantarle: porque si la caridad les hace alegrarse con la dicha y felicidad de los castos, conocen al mismo tiempo que no pueden lle-

gar á ella. Sois finalmente dichosas en seguir al Cordero donde quiera que va, porque adornadas con la castidad, no hay virtud en que no podais imitarle.

III. Caminad, almas castas, os diré con S. Agustin, caminad con perseverancia hasta el fin de vuestra vida: vosotras llevais á las bodas del Cordero un cantar nuevo que cantareis con vuestros instrumentos, que son vuestros puros corazones dedicados á las divinas alabanzas. No será aquel cantar nuevo que dice David, *cante toda la tierra*, sino uno mas especial y divino, que solo las almas castas podrán cantarle. Caminad, caminad siguiendo al Cordero. ¿Y á dónde pensais os llevará? ¡O con-

suelo! ¡O alegría! ¡O dulce descanso! Adonde hay gozos inenarrables: no como los gozos vanos de este mundo, ni como los gozos comunes de los otros Santos en el cielo; sino gozos mas particulares, reservados para las almas castas, cuyos gozos son de Cristo Jesus, y en Cristo Jesus; con Cristo Jesus, por Cristo Jesus, y para Cristo Jesus. Los demas justos tienen sus gozos de Cristo, pero no tales como las almas castas. Siguen al Cordero, pero no adonde quiera que va, sino adonde ellos pueden; porque no pueden seguirle en todo lugar sino las almas que caminan con la hermosura de las cándidas y resplandecientes estolas de la castidad. ¡O virtud glo-

riosísima! Tú eres, dice S. Cipriano, honra de los cuerpos, ornamento de las costumbres, santidad de hombres y mugeres, madre de la inocencia, niñez que siempre persevera, y union con Jesucristo. Tú eres, dice S. Juan Crisóstomo, la que haces á quien te posee iguales, y en cierta manera superiores á los mismos Ángeles. Tú eres, dice S. Basilio, la que levantas al hombre á tanta elevacion, que llega á ser muy semejante al incorruptible Dios: porque la pureza de cuerpo y alma lo levantan á modo de alas para recibir la divina semejanza, como del sol la recibe un espejo muy limpio que es penetrado con sus rayos. Dichosos y bienaventura-

dos mil veces, ¡ó divina virtud! los que te poseen y guarden con perseverancia.

IV. ¿Y mi alma está adornada con la vestidura blanca y resplandeciente de esta preciosísima virtud? ¡Ay de mí! Considero los años de mi juventud, y veo en ellos multitud de impurezas: ¡pero qué impurezas! Pongo la vista en los de mi mocedad, y se me presentan mayores y mas vergonzosas deshonestidades. Atiendo á mi vida presente, y me veo metido en el cieno hediondo de la sensualidad. ¡Qué pensamientos tan obscenos! ¡Qué imaginaciones tan torpes! ¡Qué manos tan manchadas! ¡Qué lengua tan impura! ¡Qué oidos tan sucios! ¡Qué ojos tan libres! ¡Qué

cuerpo tan corrompido é inmundo! ¡O dolor! ¿Es este el vaso que yo debí haber conservado en toda su pureza, honor y santidad, como encarga el Apostol? ¿Son estos los miembros de Jesucristo? ¿Y es esta la carne unida, é incorporada tantas veces con la carne purísima de Jesus por la participacion de su cuerpo en el Santísimo Sacramento? ¿Asi he manchado, corrompido y profanado mi cuerpo, templo vivo que debia haber sido del Espíritu Santo? ¿Qué lágrimas serán bastantes para llorar tan horrenda profanacion? ¿Qué dolor para sentir tan graves culpas? ¡O Dios mio, cuánto me habeis sufrido! ¡Y cuánto tambien me habeis esperado! Pero lo que

es mas (y no puedo acordarme sin que mi corazon se parta de dolor) cuando yo estaba mas entregado á mis sensualidades, vos en vez de castigarme, me hablábais con tanto amor, como si yo fuera el alma santa: *aqui estoy á tu puerta*, me deciais, *aqui estoy llamando: ábreme y entraré de buena voluntad: conviértete á mí, y no me ofendas mas.* ¿Y yo qué respondia? No quiero abriros; quiero seguir en mis impurezas: os abriré cuando mi pasion esté enteramente satisfecha, ó cuando me halle en una grave enfermedad: os abriré y me convertiré á vos allá en la vejez, cuando no pueda disfrutar mas de mis inmundos placeres.

v. ¡O Dios de tanto amor y bondad, que tales y tantas repulsas y desprecios habeis sufrido de mí tan vil criatura! Mirad la pena que ahora tengo de haberos cerrado tantas veces las puertas de mi corazon, y cuanto es mi sentimiento de no morir aqui de dolor. ¿Y si mis culpas son tan abominables me querreis recibir entre vuestros brazos arrepentido? Sí: quiero recibirte entre mis brazos: soy tu Padre. ¿Y podré yo sucio, inmundo y sensual acercarme á ellos, siendo en los que descansan los puros, castos y limpios de corazon? Sí: puedes acercarte á ellos: soy tu Padre. ¿Y me perdonareis, Señor, mis enormes delitos? Si te los perdonaré: soy tu

Padre. Mirad que son infinitos y de los mas feos, horribles y execrables: ¿me los perdonareis todos? Sí: todos te los perdonaré: soy tu Padre. ¿Y podré yo ser casto de aqui adelante? Mis ánsias y mis deseos son de serlo; pero mi flaqueza, mi mala costumbre, mis frecuentes recaidas me hacen temer y dudarlo. ¿Qué me decís, ó Padre mio? Que lo mismo sucedió á mi siervo Agustin; pero yo le hice ver en espíritu la castidad, presentándola ante él, y manifestándole una multitud innumerable de niños y niñas, de jóvenes y hombres de toda edad, de viudas graves y doncellas purísimas que le decian para exhortarlo á una santa emulacion. ¿*No*

podrás tú lo que han podido esta y aquellos? ¿No podrás tú lo que pueden muchos otros débiles y flacos como tú, y sujetos á las mismas tentaciones que tú? Cedió Agustin á la fuerza del egemplo y creyó que con el auxilio de la gracia le seria posible, y aun fácil guardar una perfecta castidad: comenzó á practicarla, y llegó á ser un Santo castísimo. Haz tú lo mismo, y serás casto.

VI. Si quieres, alma, un protector poderoso que te defienda de las tentaciones que el enemigo te sugiera contra esta virtud, y un modelo de castidad y pureza que imitar, pon los ojos en Luis Gonzaga. Su pureza fue tal, que cuantos le trataron solo le llamaban

Angel en carne humana, ó Joven angélico: título con que fue distinguido en su canonizacion por el Sumo Pontífice. Príncipe por la sangre, nacido y criado en las cortes, donde todo conspira contra la continencia, en la tierna edad de nueve años, arrodillado delante de una imagen de la Santísima Virgen se ofreció á Dios con voto de perpétua virginidad, cuyo candor y brillos llevó sin obscurecerlos jamas hasta el sepulcro. Nunca se empañó siquiera con el mas mínimo movimiento que fuese menos puro: ni pensamiento alguno le ocurrió en toda su vida contra la pureza, como lo testifica con grande y especial elogio para su beatificacion la sa-

grada Rota. Asi le fue premiada aquella estima y amor grande que tuvo siempre á esta virtud: aquella vigilancia con que estuvo contínuamente en vela para conservar cerradas las puertas de sus sentidos: aquel traer siempre á raya sus ojos sin que jamas mirasen á la cara de muger alguna, ni al de las criadas destinadas para servirle; ni aun al de su propia madre, teniendo siempre cuando le hablaba clavados los ojos en el suelo: y en los años que tuvo precision de servir todos los dias á la Reina de España, nunca levantó la vista para mirarla. ¡O amado Luis mio! ¡Tanto cuanto me admira tu pureza, me confunde y averguenza mi sensualidad! ¡Tú

tan angel, yo tan carnal! ¡Tú tan puro, yo tan inmundo! ¡Tú tan cándido, yo tan manchado! ¡Tú tan vigilante en la guarda de tus sentidos, yo tan descuidado en sujetar los mios! ¡Tú en fin libre de sugestiones de la carne, y aun de pensamientos impuros que afligiesen tu espíritu; yo tan encenagado en impurezas, tan embestido y llevado de los ímpetus de mi carne, tan acometido, manchado y recreado con pensamientos los mas deshonestos é inmundos! En medio de mi confusion y dolor una cosa me consuela, y es la resolucion que he tomado de ser casto en adelante, y llorar todos los dias de mi vida las culpas que he cometido contra la vir-

tud santa de la pureza. Pero ¡ó Luis mio! Si he de ser puro, si he de vivir siempre casto, como deseo, necesito que como Protector que eres declarado tal por la Silla Apostolica de la castidad, me la guardes y me la defiendas de mis enemigos, para que viviendo en carne arregle mi vida, como dice el Apostol, por las leyes del espíritu, y al fin de ella sea llevada mi alma á gozar en tu compañía las delicias de la gloria.

Acto de contricion Señor mio Jesucristo &c. pág. 18.

ORACION.

O Joven angélico, Protector de la castidad, amado S. Luis Gonzaga, que conservaste siempre cándida y fragrante la azucena hermosa de la virginal pureza, y que por la vigilancia con que la guardaste mortificando tu inocente carne, y trayendo sujetos siempre tus sentidos, mereciste que Dios te concediera el don singularísimo de no sentir jamas estímulo alguno de la carne, ni el mas ligero pensamiento contra la pureza: aqui tienes á tus pies postrado lleno de confusion y verguenza, pero arrepentido y penetrado de dolor, á un pecador que tantas veces ha manchado su alma y

cuerpo con culpas las mas feas: ruégote, ó Santo mio, atiendas á mis lágrimas y á los gemidos de mi corazon arrepentido, y me alcances el perdon de todas ellas, y la gracia que necesito para cumplir con el firme propósito que hago de vivir con la mayor vigilancia para ser desde hoy puro en mis palabras, obras y pensamientos; y para triunfar de las sugestiones de mis enemigos, y conservar en mí siempre la virtud hermosa de la castidad y pureza, te pido seas el que me la guardes y defiendas, juntamente con la protectora de ella la Santísima Virgen María, hasta ser presentado por tí y por esta mi amabilísima Madre en el cielo para gozar las

eternas y castas delicias de la gloria. Amen.

Seis Padre nuestros y Ave Marías, y despues la Oracion Dios excelso y soberano *&c. pág.* 22.

DIA QUINTO.

LECCION SOBRE LA ORACION.

I. »Los preceptos que yo os »intimo, decia Dios en otro tiem- »po á su pueblo, no exceden vues- »tras fuerzas ni la capacidad de »vuestro espíritu. No son unos se- »cretos escondidos en el cielo, de »modo que podais decir: ¿quién »nos llevará allá para descubrir- »los y comprehenderlos? Ni tam- »poco son una ciencia que está »de la otra parte de los mares, »para que podais decirme: ¿cómo »los hemos de atravesar para ins- »truirnos en ella? Son unas obli- »gaciones proporcionadas á vues-

»tras fuerzas y capacidad, y que »estan cerca de vosotros; que las »podeis cumplir con vuestra bo- »ca y con vuestro corazon, de »manera que no teneis escusa que »alegar si dejais de observarlas." Lo mismo que dice Dios hablando en general de los preceptos de su santa ley, se puede con mas particularidad decir del precepto de la oracion, que es como el mas indispensable de todos. No, no es necesario ir á buscar su ciencia fuera de nosotros: el cumplimiento de esta obligacion no excede nuestra capacidad, y todos podemos cumplirla solo con nuestro corazon. Aquella promesa que hizo Dios por Zacarías, »que der- »ramaria sobre los hombres sus

»dones, é infundiria sobre ellos el »espíritu de gracia y de oracion," se verificó desde el principio de la Iglesia. Entonces lo mismo era hacerse el hombre cristiano, que hacerse hombre de oracion; y de oracion tan fervorosa, que no solo no sentian el tiempo que daban á ella, sino que pesarosos de no emplear todos los momentos de la vida en tan santo egercicio; no tardaron unos en poblar los desiertos llevados del deseo de orar, y otros en formar su soledad en medio del bullicio del mundo, donde eran tan hombres de oracion como los que vivian en los desiertos. En los palacios de los Reyes, y en las cortes mismas se vieron los Antonios y los

Hilariones, que podian contraponerse á los solitarios de Egipto y de la Tebaida. Entonces se verificó á la letra el dicho de S. Agustin, »que toda la tierra no es mas »que un templo, y una casa de »oracion." Entonces miraban la oracion todos los cristianos de cualquiera estado y condicion que fuesen, como una de sus mas esenciales obligaciones. Entonces sabian que la oracion es el medio seguro, el medio casi único de conseguir las gracias para la salvacion. Sabian lo que han dejado escrito los Padres de la Iglesia, que la oracion para el alma es tan necesaria, como la comida para el cuerpo: que como el cuerpo no puede vivir sin respirar, asi el al-

ma no puede tener vida sin orar: que asi como el alma es vida del cuerpo, y en faltando ella queda muerto, feo, hediondo, y se convierte en gusanos; asi la oracion es vida del alma, y el que no la practíca presto viene á quedar muerto con pecados, feo con vicios, hediondo con malos egemplos, y lleno de gusanos de contínuos remordimientos. Sabian en fin que como la ciudad que está sin muros y sin baluarte, facilmente es tomada por el enemigo; asi el alma que no está fortalecida con la oracion facilmente es vencida y caida en pecados. Esto sabian: ¿y vosotras, almas, que pasais vuestros dias, semanas, meses y años enteros sin tener ora-

cion, lo podeis ignorar?

11. ¿El estado en que os hallais no os obliga á acudir á Dios por medio de la oracion? ¿Temeis acaso que porque estais envueltas en las tinieblas del error, ó sumergidas en el cieno del pecado, no ha de escuchar vuestra oracion? Orad, os dice el Señor, y ved como fue oida la oracion de la Samaritana, y recibiendo el agua de la gracia que purifica el corazon, detesta inmediatamente los alhagos de la sensualidad, y queda aficionada á la virtud. Por tanto, si os sentiis fatigadas de los borrascosos movimientos de la rebelde concupiscencia; orad como los discípulos, y vereis que la serenidad se sigue á la tormenta;

las olas encrespadas se amansan; é impuesto silencio á vuestros sentidos, solo escuchareis la voz del Señor. Si quereis volver á la amistad del Señor y hacerle entrega de vuestro corazon, orad: que la silenciosa oracion de la muger adúltera fue oida por Jesucristo, y puestos en olvido sus pecados. Si flaquea vuestro propósito, y quiere ceder en alguna ocasion peligrosa, orad: que Judit al apoderarse de su ánimo la turbacion y el miedo, ora invocando á Dios, y corta la cabeza de Holofernes. Si los trabajos, las enfermedades, las persecuciones, las calamidades os agovian, y estais para rendiros con su peso, orad: que la oracion defiende la vida de David de la

saña y persecucion de Saul: la oracion libra á Jacob cuando iba huyendo de la ira de Esaú: la oracion enjuga las lágrimas de Ana con el nacimiento de Samuel, y la oracion saca á Lázaro de las sombras del sepulcro. Si las ocasiones, si los peligros, si vuestra propia flaqueza os ponen al borde del precipicio de la culpa, orad: que los tres niños en medio de las llamas, y Jonas en el vientre de la ballena, hallaron su seguridad en la oracion. No imputeis pues vuestras caidas, dice S. Juan Crisóstomo, á vuestra flaqueza; es verdad que caeis porque sois flacos y miserables: pero no es menos verdad, repone el Santo, que por eso sois flacos y miserables,

porque no orais. Orad: que la oracion quitará á la sensualidad la falsedad de sus alhagos; al mundo los engaños con que os embelesa; á los egercicios de virtud sus repugnancias y sequedades. Orad: que la oracion quitará á vuestro corazon su inconstancia en los propósitos; á vuestro genio sus ímpetus y arrebatos; á las ocasiones en que á pesar vuestro os halleis, sus peligros y escollos. Seais justos ó pecadores, orad: que los pecadores fueron justificados, y los Santos se hicieron Santos por medio de la oracion. No todos fueron Apóstoles: no todos profesaron pobreza evangélica: no todos derramaron su sangre por Jesucristo: pero todos tuvieron ora-

cion. El espíritu santificador derramado en la tierra para santificar las almas, no es otra cosa, dice S. Pablo, que un espíritu de gemir, y de orar al Señor. Los Ángeles que tienen por oficio conservar en nosotros la gracia de Dios, solo se ausentan de nosotros para presentarle nuestros suspiros y oraciones: porque en el altar de la celestial Jerusalen no se queman otros inciensos que el de las oraciones de los que alaban á Dios, le suspiran, gimen y piden.

III. Pero ¿cómo he de orar si no sé tener oracion? »¡Ah! dice »S. Ambrosio, hasta los tiernos »infantes te pueden instruir en »esto: sin saber hablar, saben »aplacar y pedir, acariciando á

»á sus madres: las aplacan y pi-
»den, porque saben manifestar su
»necesidad: las acarician, porque
»saben herir su corazon haciendo
»pucheritos." Pide á Dios como
pides á los hombres lo que mu-
cho deseas, que yo te prometo te
oirá, y será bien despachada tu
oracion, dice S. Juan Crisóstomo.
»Pide, pero pide con una gran
»confianza, sin la mas mínima du-
»da de que Dios te dará ó aque-
»llo que pidieres, ú otra cosa mas
»conveniente y apreciable para tí
»que aquella que deseas," dice S.
Bernardo. No olvides lo que ense-
ña S. Agustin. »Cuando pediis á
»Dios, dice el Santo, las cosas que
»Dios alaba y promete, pedidlas
»con seguridad de que las alcan-

»zareis: mas cuando pediis cosas »temporales, pedidlas con mode- »racion y temor, resignándoos en »su santísima voluntad, para que »os la conceda si conoce que os han »de ser provechosas, y os la niegue »si han de ser dañosas para vues- »tra eterna salvacion. Porque el »enfermo no sabe qué cosa le pue- »de dañar ó aprovechar, y asi se »debe dejar en manos del médi- »co." Y como una madre niega á su pequeño hijo por lo mismo que lo quiere, aquellos manjares que conoce le han de ser dañosos, ó aquellos instrumentos con que podria hacerse daño; de la misma manera Dios, que nos ama con un amor mas que de madre, nos niega por lo mismo que nos ama,

aquellas cosas que sabe nos habian de servir para nuestro daño. Asi que, persevera, alma, constante en tu oracion: y si hiciere el Señor del que no te oye, insiste mas en ella como la Cananea: acércate mas y mas á él, y arrójate á sus pies cierta de que Dios te ha de conceder lo que le pides. Y cuando te pareciere te manda retirar de su presencia, no creas que es mas que un medio de que se vale para que con mas fervor le pidas, y mas estrechamente te unas á él: y asi dile como Jacob al Angel: *no me apartaré, Dios mio, de vos, hasta que bendiciéndome, otorgueis mi peticion.* Sigue siempre en tu oracion, procurando aumentar de dia en dia tu fer-

vor en ella. No seas de aquellos de quienes habla S. Agustin cuando dice: »muchos hay que en el »principio de su conversion oran »fervorosamente; poco despues se »entibian; luego lo hacen fria»mente, y con voluntarias dis»tracciones; y últimamente con »cualquier motivo dejan la ora»cion. Y lo peor es, que con to»do esto se tienen por seguros, sin »considerar, que durmiendo ellos »vela su enemigo para perderlos; »por lo cual dijo Jesucristo velad, »y orad para que no seais ven»cidos de la tentacion."

IV. Dices que tus ocupaciones no te dejan tiempo para orar. Si quieres hallarle, ocupa en la oracion el tiempo que pierdes en con-

versaciones ociosas, en pasatiempos pueriles, en paseos peligrosos, en visitas inútiles, en juegos, en tertulias, en diversiones; y te sobrará tiempo para orar. En medio de esas tus tan ponderadas ocupaciones no te ha faltado tiempo para acrecentar tus vicios, para dar rienda á tus pasiones, para cometer y multiplicar tus pecados, ¿y no lo tienes para llorarlos, para gemir en la presencia de Dios, é implorar su divina misericordia? ¡Te sobra tiempo para perderte, y solo te falta para salvarte! Aprecia la oracion y ten un amor decidido á ella, y no te faltará tiempo para practicarla cada dia.

v. Pon los ojos en Luis Gonzaga, implora su proteccion, y

sabrás apreciar y amar la oracion para egercitarte constante y fervorosamente en ella. Fue tanto lo que la amó Luis aun desde sus mas tiernos años, que apenas sabe hablar con sus padres, corre á esconderse de la vista de su familia para hablar á solas con su Dios. Sus domésticos le buscan registrando los rincones de las piezas de la casa, y en una de las mas retiradas es donde lo hallan de rodillas, inmoble, con el rostro inflamado y las manos cruzadas orando á su Dios. Al paso que crece en la edad, se aumenta en Luis la aficion y amor á la oracion. Las dos y tres horas de ella no le satisfacen. ¡Cuántas noches las pasa enteramente entregado á este san-

to egercicio! ¡Cuántas postrado en tierra, tiritando de frio, rendido y sin fuerzas, permanece en su oracion ya las cinco, ya las seis horas! ¡Y cuántas veces continúa aun por mas tiempo en ella, y la comienza de nuevo hasta tener una hora seguida sin la mas leve distraccion, como se lo habia propuesto! De aqui le vino aquel recogimiento de sentidos; aquel andar continuamente endiosado; aquellas copiosas y tiernas lágrimas que derramaban casi siempre sus ojos en la oracion; aquella comunicacion íntima y estrecha con su Dios; aquel encendérsele el rostro de modo que parecia un Serafin; aquel privilegio en fin que Dios le concedió de fijar la men-

te de tal manera en él, que como testificó para su beatificacion la sagrada Rota, no padecia distracciones en la meditacion; y él mismo manifestó con candidez á su director, que si todas las distracciones tenidas en seis meses se juntasen, no compondrian el tiempo que se tarda en rezar un Ave María. ¡O Santo mio! yo me confundo al ver el poco caso que he hecho hasta ahora de la oracion. No me he dedicado á ella, porque ni he conocido su necesidad, ni la he apreciado, ni amado. Alcánzame, Luis mio, que convencido de la necesidad que de ella tengo, la aprecie y ame como tú me enseñas, para que practicándola á imitacion tuya todos los dias de

esta mortal vida, vaya á continuar en tu compañía en el cielo la de alabanzas, cánticos y gozo eterno.

Acto de contricion Señor mio Jesucristo &c. pág. 18.

ORACION.

O Protector mio, amado S. Luis Gonzaga, que fuiste tan amante de la oracion, que tuviste desde niño todas tus delicias en ella, empleando muchas horas en el dia y por la noche en el trato y comunicacion íntima con tu Dios, de quien recibiste el singular privilegio de no padecer distraccion alguna en tus santas meditaciones, teniendo que hacerte violencia

cuando de ellas te apartabas para atender á tus obligaciones: ruégote, Santo mio, me alcances aquella aficion y amor grande que á la oracion tuviste, para que egercitándome en ella cada dia, se fortalezca mi alma contra las tentaciones, y se acalore mi espíritu en el servicio de Dios, practicando todas mis obras á honra y gloria suya, para gozarle despues de esta vida eternamente en el cielo. Amen.

Seis Padre nuestros y Ave Marías, y despues la Oracion Dios excelso y soberano *&c.* *pág.* 22.

DIA SEXTO.

LECCION SOBRE EL AMOR DE DIOS.

1. »Vosotros que temeis á »Dios, dice el Sabio, no os pareis »en eso solo, sino procurad amarle »con todo vuestro corazon." Nunca ha dicho el Señor temedme con todo vuestro corazon; pero amadme con todo vuestro corazon lo ha dicho muchas veces. Este es el primero y mas grande precepto del que depende toda la ley y todos los Profetas. »Amad á vues»tro Dios, con todo vuestro co»razon, con toda vuestra alma, »con todo vuestro espíritu, y con

»todas vuestras fuerzas." Este es un precepto del que ninguno puede escusarse. Para estar obligados á él basta tener corazon. Aunque no tengamos salud, ciencia, riquezas ni voces, si tenemos corazon debemos amar á Dios. No se nos manda que le amemos con un amor tierno y sensible; porque esta ternura no está siempre en nuestro poder: ni tampoco con un amor que tenga determinado grado de fervor; porque Dios no ha querido determinar cual sea este, condescendiendo con nuestra flaqueza: ni mucho menos nos manda que le amemos con un amor violento y forzado; porque no seria correspondiente á su divina esencia ser amado de esa manera.

Lo que nos pide so pena de condenacion eterna, es que le amemos sobre todas las cosas. ¿Pero qué soy yo respecto de vos, ó Dios mio, os diré con S. Agustin, qué soy yo para que me mandeis que os ame, y si no lo hago os enojeis conmigo, y me amenaceis con grandes suplicios? ¿Acaso lo puede haber mayor que no amaros? ¿Y es tan molesto el amaros para que me prometais un eterno premio, y premio tan inefable como es el de gozar de vos en el cielo, si con todo corazon os amo en la tierra? ¿Quién hay que no tenga sus delicias en amaros, teniendo por estímulo y por aliciente vuestras grandezas é infinitas perfecciones?

11. Porque ¿á quién no enciende en vuestro amor y llena de gozo ese inmenso piélago de esencia divina; ese profundo abismo de bondad; ese golfo insondable de hermosura, que está tan lejos de poderse explicar, que ni los entendimientos de los Ángeles pueden llegar á conocerle? ¡No haber empezado nunca! ¡Haber sido siempre! ¡Hallaros desde la eternidad bienaventurado, omnipotente y perfectísimo sin haberlo recibido de nadie! Como sea esto no lo comprehende mi entendimiento, pero lo ve con evidencia mi razon, y es un estímulo poderoso para amaros con todo mi corazon. ¡Ser vuestra duracion, la eternidad! ¡Vuestra extension, la

inmensidad! ¡Vuestro conocimiento, lo infinito! ¡Los límites de vuestro poder, vuestra voluntad! ¡Vuestro obrar, una sola palabra! ¡La masa de donde extraeis las criaturas, la nada! ¡Vuestro imperio, todo lo que existe! ¡Vustra felicidad, vos mismo! No alcanzo, mi Dios, estas propiedades de vuestro ser infinito; pero sin alcanzarlas, ¡ó cuánto enamoran mi corazon!

III. Vos solo sois el que de nadie depende, porque todo cuanto tiene ser lo ha recibido de vos: vos solo sois enteramente libre, porque á todos los imperios y naciones imponeis las leyes que deben guardar: vos solo sois grande, porque todas las demas gran-

dezas proceden, y se derivan de vos: vos solo sois poderoso, porque todo lo que existe, existe únicamente por vos; y todo lo que no tiene ser, solamente espera oir vuestra voz para existir. Vos solo sois bueno, porque siendo Señor de todo, solo por vuestra benevolencia derramais vuestros beneficios en las criaturas: vos solo sois santo y perfecto, porque todas las perfecciones que hay en vos son propiedades y atributos de vuestra naturaleza; y todas las virtudes, todas las perfecciones, toda la santidad que hay fuera de vos, son dones y efectos de vuestra gracia: vos solo sois sapientísimo, justísimo, hermosísimo, porque si hay sabiduría en los Ángeles, y en

los hombres, es porque vos se la comunicais; si equidad, es porque la reciben de vos; si hermosura en los cielos, y en la tierra, es porque la participan de vos, que por vuestra inmensidad estais presentísimo en todas partes con toda vuestra Esencia, Omnipotencia, Sabiduría, Eternidad, Bondad, Bienaventuranza, Magestad y Hermosura: y de tal manera estais presentísimo con todas vuestras perfecciones en todas las criaturas, que llegó á decir San Pablo *que en vos vivimos, nos movemos y somos*; y el Profeta, *que somos llevados dentro de vuestro seno.* Y esto no como quiera, sino de una manera tal, que estais mas íntimo y presente á nosotros, que

cada uno lo está á sí mismo: porque vos estais todo dentro de mí, y todo fuera de mí: todo me penetrais, todo me rodeais, y en el piélago de vuestra inmensidad con todas vuestras infinitas perfecciones estoy mas metido que un pez en el agua. ¡O esencia divina! ¡O grandeza de mi Dios!

IV. No te engolfes mas, alma mia, en la profundidad de este piélago inmenso de gloria, de magestad, de santidad, de hermosura, de perfecciones. Ni los Ángeles las comprehenden, ni ninguno puede hacer en la tierra mas que brujulearlas. Pero esto poco que conozco y entiendo, arrebata para vos solo, ó Dios mio, los mas encendidos afectos de mi corazon.

Y si se juntasen, dice un verdadero amante vuestro, todos los corazones de los hombres que fueron, son, y serán, y de ellos se compusiese un corazon que en sí comprehendiese la virtud y capacidad de todos, y este llegase á conocer una sola de vuestras divinas perfecciones; seria imposible que no rebentase de la violencia del amor que arderia en él, á no ser conservado con un singular auxilio vuestro. ¡O estupendas perfecciones! Con razon y con gusto se postra mi alma en vuestro divino acatamiento, ó Dios de mi amor, y atónito y maravillado me vuelvo á los hombres que no os aman, y con lágrimas en mis ojos les pregunto: ¿por qué,

hombres engolfados en el amor de las cosas del mundo, por qué no amais á vuestro Dios? ¿Por qué andais errando de aquí para allí, de una criatura en otra mendigando unas gotillas de placer, negros humos de honor, engañosas apariencias de vanidad; y no amais á vuestro Dios, en quien encontrareis el mar inmenso de verdaderos placeres, gozos, deleites y gustos inenarrables? ¿Por qué un relámpago de una hermosura perecedera os roba el corazon, y no amais á vuestro Dios, fuente de toda hermosura, de la cual como de resplandeciente sol salen á modo de pequeños rayos todas las hermosuras y bellezas criadas? Amad, amad á vuestro

Dios, y experimentareis que no hay cosa mas dulce, mas agradable, ni mas deliciosa que amarle. Amadle, y sabed que el amor que Dios tiene á los que verdaderamente le aman, es mayor que el que todos los nueve coros angélicos y todos los bienaventurados tienen al mismo Dios. Amadle, y entended que este Dios de amor desde el trono de su excelsa magestad, de su gloria, de su poder, de sus perfecciones infinitas, desciende hasta vuestra bajeza para buscar vuestro amor, para solicitarle y ganarle.

v. ¿Pero cómo? Con beneficios tantos, tan grandes y tan contínuos, que le hacen decir como Isaac á su hijo primogénito Esaú,

hijo mio ¿qué mas he de hacer por tí? Hubo un tiempo en que no existias, y ya entonces mi amor estaba contigo: y tú, que nada eras, tuviste ser por mí. Apenas empezaste á ser, pereciste; porque concebido en pecado eras heredero del infierno; pero adoptado por hijo mio en el bautismo, te hice coheredero de mi gloria. Despues olvidado de mí huias vagamundo de mi presencia, y caminabas por la senda ancha que conduce á la perdicion, perdiéndote, y á otros contigo. Mas para buscarte perdido, descendí del cielo y corrí con sudor de mi rostro para conducirte á tí oveja descarriada á mi redil. *Sobre esto, hijo mio, ¿qué mas he de hacer por tí?* Haciéndome hombre

por tí, cuanto tengo te dí, cuanto pude padecí, cuanto en mí estuvo hice por tí. »Como una madre »ama á su hijo único, asi yo te he »amado:" *¿pues sobre esto que mas he de hacer por tí, hijo mio?* ¡De cuántas desgracias te he preservado! ¡Cuántos peligros he apartado de tí! ¡Cuántas ilustraciones he puesto en tu alma! ¡Cuántas gracias te he comunicado! ¡Cuántos conocimientos te he dado! ¡Cuántas proporciones para ser virtuoso! ¡Cuántos medios para tu santificacion! *Sobre esto, hijo mio, ¿qué mas de hacer por tí?* Si me ofendes te tolero: mereciendo el infierno una, dos, ciento, y mil veces, te he librado de él: si te arrepientes, te perdono: si te vuel-

ves á mí, te recibo: si lo dilatas, te espero: si vas errado, te llamo: si me resistes, te venzo. Ignorante, te enseño: caido, te levanto: herido y llagado, te curo: te oigo, si me suplicas: me dejo hallar, si me buscas: te abro, si me llamas: te muestro el camino de la gloria y te doy luces, gracias y sacramentos para conseguirla. *Sobre todo esto ¿qué mas he de hacer por tí, hijo mio? ¿Qué mas he de hacer para que me ames?* No me digais mas, ó Dios mio, no me digais mas: que mi corazon no puede ya con tantas demostraciones de amor de parte vuestra, y tanta ingratitud de la mia. Veo que son innumerables los beneficios que he recibido de vos, y

cuan justamente me reconveniis diciendo: *¿qué mas he de hacer por tí, hijo mio?* Palabras que cada vez que me las habeis repetido, han atravesado mi corazon. Dejadme, Dios del alma mia, dejadme que postrado delante de vuestra excelsa Magestad, arrepentido y lleno del mas vivo dolor por mi fea ingratitud, levante mis ojos llorosos á vos, y os diga: ¡ó Padre mio! ¿qué quereis que yo haga por vos, que tanto habeis hecho por mí? Bien sé lo que de mí quereis, y lo que de mí deseais. Quereis que os ame con todo mi corazon. Deseais que apartándolo de las criaturas os ame del todo, en todo, y sobre todo, con todo él. Pues ¡ó Dios mio! ya no quiero tener

voluntad ni corazon mas que para amaros. ¡O quién tuviera tanto amor como los abrasados Serafines y todos los bienaventurados! ¡Ojalá tuviese yo tantos corazones como estrellas tiene el cielo, el aire átomos, el mar gotas, la tierra arenas: tantos corazones cuantos puede criar vestra Omnipotencia, para que con todos ellos pudiese yo amaros sobre todas las cosas!

VI. Mas no pudiendo mi amor igualarse con vuestra grandeza, ni con los beneficios que de vos he recibido: á tí acudo, ó Serafin de la caridad amado S. Luis Gonzaga, á tí acudo para que en esa gloria, en que tan cerca te hallas al trono de mi Dios, le ames por

mí, y me alcances que yo le ame tanto cuanto le amaste tú por todo el tiempo de tu vida. ¡O si prendiera en mí aquel divino fuego que tanto ardió en tu abrasado corazon! Fuego de tan encendido amor á Dios, que te encendia el rostro, te embargaba la voz, te hacia palpitar extraordinariamente el corazon cuando oias hablar de Dios. Incendio tan amoroso, que penetraba tu alma y la inundaba, absorvia y anegaba en divinas consolaciones. Amor tan vehemente, que te derretia y liquidaba el alma, segun la expresion de los Cantares, y hacia que ni hablaras, ni obraras, ni pensaras mas que en tu Dios, con quien estabas tan unido, que muerto á

todas las cosas de la tierra, solo vivias en tu Amado: de donde procedian aquellos deliquios, aquellos raptos y enagenamientos, aquellos éxtasis, y hablas interiores que te tenian siempre absorto en el Amado de tu corazon. Cual fuese la actividad del fuego del amor divino que en tal estado ardia en tu corazon algo se pudo traslucir, y en efecto lo infirieron tus superiores, cuando se vieron en la necesidad de prohibirte el trato con Dios, porque no murieses consumido de amor; teniendo tú que estar diciendo contínuamente al Amado de tu alma para no faltar á lo que te habian ordenado: *apartaos de mí, Señor, apartaos de mí.* Pero si no llegaste á morir consumido

de amor divino, el fuego del amor á tus prógimos consumó tu carrera, muriendo víctima de la caridad á los veinte y tres años de edad sirviendo á los contagiados. ¡O Santo mio! La gracia que en este dia te pido me alcances del Señor es, que mi corazon frio y helado hasta aqui, arda en el amor de mi Dios y de mis prógimos de manera que muera consumido de este amor, para alabar, bendecir y amar en tu compañía con amor mas perfecto á la Magestad divina en la Gloria.

Acto de contricion Señor mio Jesucristo &c. pág. 18.

ORACION.

O amabilísimo S. Luis Gonzaga, Serafin de la caridad, en cuyo corazon ardió siempre el fuego santo del divino amor con llama tan encendida, que derretia y liquidaba tu alma en los mas tiernos y fervorosos afectos, que contínuamente te tenian absorto en el Amado de tu corazon, con quien estabas tan íntimamente unido, que no era posible separarte de él sin grande violencia: ruégote, ó Santo mio, por el deseo que tuviste de que todos amasen á Dios con los mas encendidos afectos, me alcances la gracia de que yo viva y muera amándole con todo mi corazon, con toda mi alma y con

todo mi espíritu. Mira tambien las muchas necesidades que nos cercan, y pide al Señor por el remedio de ellas; pues si tanto pudiste en la tierra cuando vivias, que nada pediste á Dios que no te lo concediera, ahora que estás en ese trono de gloria, adonde has sido sublimado por tus admirables virtudes, esperamos todos tus devotos nos alcanzarás el remedio de nuestras aflicciones y necesidades espirituales y temporales, y una buena y santa muerte, para gozar contigo de la vista de Dios, á quien juntos alabemos y amemos eternamente en la gloria. Amen.

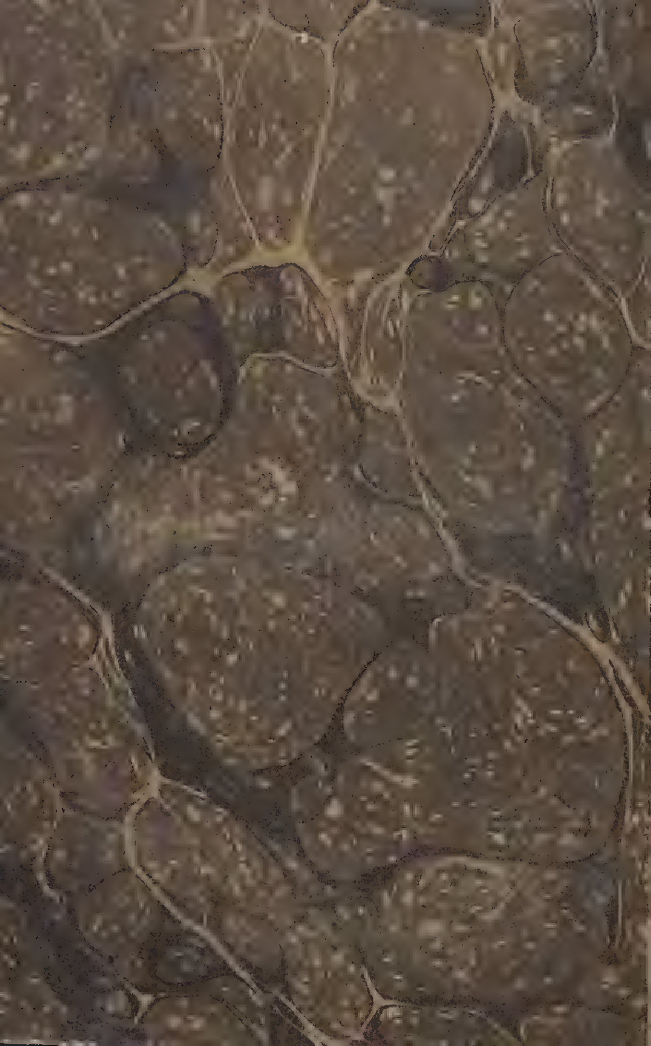
Seis Padre nuestros y Ave Marías, y despues la Oracion Dios excelso y soberano *&c.* *pág.* 22.

todo mi espíritu. [illegible]
[illegible]
can, y pide al Señor por el re-
medio de ellas; pues si tanto pu-
diste en la tierra cuando vivís,
[illegible]
das espirituales y temporales, y
[illegible]

GOZOS.

Pues que con Dios puedes tanto,
Que cuanto pides alcanzas,
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.
Dos, que tú llamabas culpas,
Tantas lágrimas te arrancan,
Que mientras duró tu vida
No cesas de derramarlas.
Y yo mis culpas no lloro,
Siendo tan graves y tantas.
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.
A tus inculpables miembros
Severo mortificabas,
Y como á fiero enemigo
Tu inocente carne tratas.
Y yo en descanso y placeres
Paso mi vida culpada.
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.
Al mundo y sus devaneos
Hollaste con firme planta,
Huyendo de sus placeres,
Alhagos y pompas vanas.
Y yo tan mentidos bienes
Sin cesar busco con ánsia.
Pide á Dios que yo te imite,

Santo Joven Luis Gonzaga.
De la castidad hermosa
Tan amante te mostrabas,
Que siempre brillaste puro
En idea, obra, y palabra.
Y yo en el alma y el cuerpo
Me miro lleno de manchas.
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.
El trato con Dios y el cielo
Tanto enamoró tu alma,
Que toda tu santa vida
Fue de oracion continuada.
Y yo ni hablo á Dios, ni escucho
Sus amorosas palabras.
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.
De amor á Dios en tu pecho
Tanto se encendió la llama,
Que, como de Dios no fuese,
Nada pensabas ni hablabas.
Y yo en mi pecho de nieve
Jamas á Dios doy entrada.
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.
Pues que con Dios puedes tanto,
Que cuanto pides alcanzas,
Pide á Dios que yo te imite,
Santo Joven Luis Gonzaga.




Ha.
2261